

factor económico determina, indiscutiblemente, el desarrollo intelectual, físico y moral de los hombres—que equivale a decir de la sociedad—. Claro está que la equitativa distribución de la riqueza entre todos los miembros de una sociedad, tiende naturalmente a facilitar el desenvolvimiento de las facultades humanas; en tanto que, la desigual distribución económica, origina fatalmente la presencia de dos entidades humanas completamente antagónicas: la de los pobres y la de los ricos, en el sentido material de la palabra.

La verdad de lo antedicho, no es un simple juego de la imaginación, sino que descansa sobre la base de observaciones concretas, para quienes estudian prolijamente el problema que nos preocupa. Para iluminar el concepto y hacerlo más comprensible, demos una sucinta explicación. Tomemos, por ejemplo, una familia, que posee tierras, casas, dinero, en una palabra, todas las facilidades de la vida; y otra, que no posee ni tierras, ni casas, ni dinero, en una palabra, ninguna ventaja de la existencia. ¿No es cierto que los miembros de la primera, serán más instruídos, gozarán de mejor salud y tendrán relativamente una sana y elevada moral? Claro que sí. En contraposición. ¿No es cierto también que los componentes de la segunda, serán menos instruídos cuando no ignorantes, tarados síquica y corporalmente y hasta inmorales? Evidentemente que sí. He aquí, pues, la amarga realidad. Una sociedad formada por la contingencia de dos grupos humanos de condiciones e intereses distintos: una minoría, compuesta de privilegiados, semidoctos, despóticos, que nunca o casi nunca delinquen y, para quienes la justicia es más benévola, más flexible; y otra **mayoría**, compuesta por los desheredados de la fortuna, ignorantes, esclavos, miserables que siempre o casi siempre delinquen y, para quienes la justicia es más rigurosa.

La delincuencia, pues, es el patrimonio de la clase pobre. Los pobres

han sido en todo tiempo los que han constituido mayormente las estadísticas de la delincuencia. La Historia, la fiel reveladora del pasado, nos demuestra la evidencia de este aserto. En la antigüedad, los esclavos; en la Edad Media, los siervos; como en las Modernas repúblicas, los pobres, fueron y son la masa en la que se recluta el ejército de los delincuentes.

Esta declaración que implica un anatema al caos de la sociedad presente, nos hace comprobar lo anteriormente afirmado, de que la estabilidad social depende, esencialmente,—del desarrollo de las facultades humanas, y que dicho desarrollo requiere la posesión de medios económicos.

En la realización de un hecho delictuoso, nos dice la Criminología, intervienen dos clases de factores: endógenos y exógenos. Los primeros que son inherentes al individuo y los segundos que son los que constituyen el medio ambiente—físico social—en el que el hombre ha nacido y vive.

El factor económico que es exclusivamente exógeno, por sus funestos efectos, origina, seguramente, a través de la herencia, un conjunto de factores endógenos importantes. Pues bien. Veamos como se realiza el fenómeno. La carencia de medios económicos indispensables para satisfacer las múltiples necesidades humanas—como ente zoológico y social que es,—origina, naturalmente, anomalías cuando no verdaderas miserias fisiológicas, las que debido a la ley de la correlación entre lo morfológico y lo síquico, tienen su repercusión en la conciencia. Ahora, un sujeto tarado síquica y corporalmente, es un ser degenerado y, un degenerado, casi siempre es un delincuente. Para mayor prueba de lo expuesto, anotemos las razones convincentes de la investigación científica. Ella nos dice que los hombres de las clases pobres son inferiores sico-fisiológicamente a los de las clases acomodadas. Pero esta inferioridad no es inherente a la naturaleza humana, por lo menos en sus principios, sino es debida a la in-